



Desde el umbral

Fernando Garavito

Dedico estas palabras de homenaje a Edgar Garavito, a Catalina Reyes Cárdenas con mi profundo agradecimiento.

Un hombre viejo escribe sobre su hermano. Para él es también ese vigoroso guerrero endeble capaz de construir el universo en el transcurso de una sola palabra. Pero no es suficiente. Cansado, se adormece en la penumbra donde en los últimos meses ha tenido con él tantos diálogos sin respuesta, tanta urgencia de decir - de decirle- lo que nunca fue dicho. Y entonces, sin saber cómo, el anacronismo de la forma lo abandona, y comienza a hablarle a sus solos recuerdos, hechos de fragmentos, de pocillos rotos, del leve zumbido de la nevera que atraviesa la casa para contar que él ha abierto la puerta a las dos, a las tres de la madrugada, detrás de un silencioso vaso de agua. Mientras él, el hermano, se sumerge a tientas en sus primeros libros de filosofía, la casa se convierte en el espacio doméstico, el espacio de lo domesticado, de lo domesticable. Lo ve una vez más. Abre la ventana

del cuarto compartido y, sin que nadie lo oiga, echa a volar por la comba celeste. Esa noche ha vivido y ha muerto. Tiene diecisiete años y está enormemente solo, absurdamente abandonado. Vuelve a su mesa. Sobre la página abierta hay una sola palabra subrayada: es la palabra umbral. Se hunde en ella con una cierta ternura liviana. Un gesto de despedida permanece en el aire.

Treinta años después el hermano agoniza, siempre solitario. Su camino había apenas comenzado. En la misma habitación de la misma casa de la misma ciudad de la vida entera, el hombre oye su fatigada respiración que no da tregua, asiste a su gesto desolado. Su historia se reduce a este libro de Deleuze, a este de Nietzsche, a Don Juan, a la *Música para la Muerte de la Reina María* que lo lleva, nos lleva, hacia el final con la solemne lentitud de su marcha fúnebre. Sobre la mesa los pocos restos del naufragio: la poción que le trajo William Torres que le permitió viajar de cuando en vez de vez en cuando al país de los sueños; una carta de la Facultad; el maletín negro de los papeles lleno de los minuciosos apuntes de los últimos días; las agujas y los pequeños frascos de la enfermedad. Y -claro- su libro, el que hoy nos entrega la Universidad, en el que intervinieron amorosamente tantos seres. Está también la lámpara encendida. Con cuidado para no perturbarlo, el hombre lo toma de la mano. Siente la vida que se escapa, siente la constante temperatura que no se altera, ve su mirada perdida en los vericuetos de la muerte. Y es entonces cuando frente a la vieja fotografía de cuarenta y nueve años, donde él aparece con su pequeña ruana blanca delante de un burrito en algún parque perdido de una ciudad que nadie nombra, junto a la reproducción de *El Jardín de las Delicias* que lo acompañó por muchos años, delante de la ventana donde comienza a entrar una noche que para siempre será desgarradora, él pronuncia con nitidez la

que será su última palabra, la palabra que anuncia la muerte, la que lo trae de ese tiempo remoto de las impecables, implacables, tareas del colegio, de *El corderito* y *la campanita* el libro que amó cuando tenía cuatro años y que conservó hasta el fin, de las viejas lecciones del acordeón que le dejó a Casandra en el que él, adolescente, tocaba lleno de la felicidad de sus prometedores trece años “Corre, vuela, ya llega hasta el fin...”, cerca de su gato que es el mismo gato desde el comienzo de los tiempos, que alguna vez se llamó Fígaro, el gran felino gris que le tenía miedo a los ratones, y otra vez Pérez, el sabio, o *Tenis*, el inquieto, y que ahora se llama *Rizoma* como la madriguera hacia la cual se dirige armado sólo de su única palabra, la última palabra que marcará su territorio, que lo deslindará de este mísero entorno donde todo permanece ensimismado mientras la oye. Dice: *umbral*. Y después calla para siempre. Una vida. La vida de este maravilloso ser que fue mi hermano está hecha de sus grandes propuestas filosóficas pero también de esos pequeños detalles de todos los días que en él adquirían invariablemente una expresión peculiar, una forma de decir que sólo a él pertenecía. Si pudiera construir estos recuerdos con base en el olfato, lo haría a partir del olor de serrín que se desprendía de *Pecos Bill*, el muñeco de ventrílocuo que permaneció años enteros sobre su almohada como su compañero inseparable. Sería otra forma de ser olor del olor de las magdalenas y me llevaría -claro- a otros ámbitos, al miedo de los sábados en las grandes estancias soleadas de nuestra casa campesina, al brillo de las maderas y los atardeceres, a la cucharita de café que usó Chucho Vásquez, su maestro de aritmética y que él detectó largo tiempo entre otras muchas cucharitas idénticas para no utilizarla, a Elvirita de Hurtado, una estirada amiga de mamá dueña de haciendas, que no se llamaba Elvira como cualquier Elvira, sino precisamente Elvirí-ta de Hurtado, con acento y tilde en la segunda í, y el insondable

vacío de un instante indispensable para marcar la diferencia. Como el billete de medio peso que nos regaló el padre Fernández, como la pulga en el cuello del pasajero del frente, como el submarino de juguete que naufragaba en la alberca, Elvirí-ta de Hurtado formó parte de nuestro universo secreto. Hasta ahora cuando vuelve de la mano del olor de serrín de un muñeco que hablaba, para recordar, para recordarme, el día en que él dejó en suspenso en Elvirí una historia cualquiera, que sólo terminó una semana más tarde cuando, a la hora de la comida, y sin que nadie lo esperara, concluyó que ta de Hurtado nos mandaba saludes. Fue entonces cuando comenzamos a competir por saber quién se demoraba más entre Elviri y ta de Hurtado hasta llegar a meses enteros que se resolvían en medio de las carcajadas que él lanzaba con su inocente aire maligno de yo no fui, con la pirueta de humor que ponía invariablemente en cualquier situación, en cada cosa.

Es posible que Édgar haya sido el compañero de filosofía de muchos de ustedes. Para mí fue el compañero de la vida. Hacia el 15 de diciembre del año pasado cuando estaba hospitalizado y se sabía que el fin era inminente, cuando estaba vencido por el dolor y enfrentaba una nueva serie de radiografías que le lesionarían todavía más la ya destruída columna, me expresó su inquietud porque el texto escrito de su conferencia en Portugal sobre *El tercero excluido*, que quería publicar en este libro, era, en su opinión, inferior a la exposición que allá había logrado. Sumido en mi desolación le oí a las 9 de la noche, como quien oye llover, que estaba dispuesto a grabarla de nuevo. Pues bien. A las 7 de la mañana, cuando regresé a la clínica, lo encontré jubiloso: durante la noche había convencido a una auxiliar para que le sirviera de público, y con la entonación que le era característica, había grabado por espacio de hora y media lo mismo que pocos días an-

tes expusiera ante algunos de los más destacados filósofos europeos de fin de siglo. Ella había oído que le era difícil expresarse en portugués, se había negado a utilizar los audífonos de traducción simultánea y, más allá, se había sumergido en la voracidad de un texto sobre la identidad y el lenguaje, sobre la heteronomía del sujeto, sobre el campo de denotación. Ahora, la mujer no estaba sorprendida: estaba maravillada. Ese es el escrito que ustedes tienen esta noche en la mano. Para mí cada una de las palabras que en él se incluyen es una forma de ser Édgar, una forma de ser cigarra, de ser gato, de ser ese zancudo con el que sorprendió a Mariacé cuando le preguntó cuál era el animal que más le gustaba: ¿tal vez el conejito?, ¿el pato?, ¿Los caballos? De regreso al silencio el hombre se siente derrotado. Sin embargo, en la penumbra de esta misma sala alguien canta: “La Casandra se metió con una tortuga y después apareció comiendo lechuga”.

Gracias.

Medellín, abril 14 de 1999